

Dr. David A. deSilva , Hebreos, Sesión 6, Hebreos 5: 11-6:20: No hay vuelta atrás

© 2024 David deSilva y Ted Hildebrandt

En Hebreos 5:11, el autor hace una pausa en el avance de su exposición sobre el sacerdocio de Jesús e introduce lo que a menudo se llama una digresión. En este caso, sin embargo, la digresión es de vital importancia para el sermón porque en este pasaje, 5:11 a 6:20, encontramos al autor nuevamente confrontando a los oyentes con los desafíos principales que tienen ante sí y exhortándolos a enfrentarlos apropiadamente. Hebreos 5:11 a 6:3 exhibe un flujo argumentativo bastante complicado, que quiero asegurarme de esbozar claramente desde el principio.

Hebreos 5:11 al 14 interrumpe el argumento que el autor viene desarrollando para sacudir un poco a los oyentes. Los aguijonea expresando dudas sobre su capacidad para procesar lo que el predicador les está dando a conocer, ya que, sugiere, no parecen haber digerido completamente ni incorporado a sus vidas lo que se les ha enseñado hasta ahora ni haber vivido a la altura de las responsabilidades de los adultos en la fe al ayudarse mutuamente a seguir el camino. Después de este breve intento de evocar vergüenza, propone, en Hebreos 6:1, la perseverancia como la consecuencia natural del curso del camino iniciado con su conversión y recorrido hasta ahora.

El predicador pasa entonces a uno de los pasajes más debatidos de este sermón. Hebreos 6, versículos 4 al 8, subraya la necesidad de adoptar el curso de acción que él propone, la necesidad de perseverar hasta la consumación, hasta la madurez, hasta la perfección. Hacer lo contrario sería mostrar una absoluta ingratitud hacia Dios por los dones que ya ha dado a la audiencia y, por lo tanto, intercambiar la experiencia del continuo favor de Dios por la experiencia de la ira ante la visitación de Dios.

En 6:9 al 12, sin embargo, el autor rápidamente pasa a afirmar a los oyentes en la medida en que, hasta este punto, han reflejado la buena tierra que recibe una bendición de Dios al obtener un buen rendimiento de los dones de Dios al invertir unos en otros, consolidando así su compromiso de continuar en este curso de acción. La pregunta que el predicador plantea a la audiencia en esta parte del sermón es: ¿qué clase de beneficiarios demostrarán ser? ¿Serán viles u honorables, ingratos o confiables? ¿Seguirán demostrando ser tierra fructífera y, por lo tanto, recibirán los mayores dones que aún están por venir como receptores adecuados del continuo favor de Dios? ¿O demostrarán ser tierra mala, que produce una respuesta desagradable e incluso hiriente? En 6:13 al 20, la parte final de esta digresión, el autor vuelve al tema principal. Presenta el ejemplo de Abraham, un ejemplo principal de alguien que, mediante la fe y la resistencia, heredó las promesas, como escribe el

autor en 6:12. Aquí introduce el ejemplo de Abraham, sin embargo, más con el propósito de enfatizar la confiabilidad de las promesas que Dios ha hecho.

El predicador se centra aquí en el juramento que Dios hizo a Abraham para apoyar su confianza y luego se refiere elusivamente a otro juramento que Dios hizo con respecto a la esperanza que los creyentes tienen en Jesús, al que volverá en el capítulo siguiente. Hebreos 6:20 lleva entonces a los oyentes de nuevo al tema del capítulo 5, versículo 10, con Jesús convertido en sumo sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec, devolviendo así el sermón exactamente al punto donde el predicador lo dejó para esta digresión estratégica. En Hebreos 6:11 al 14, encontramos al autor reprendiendo a la congregación.

Habiendo mencionado nuevamente la tesis de su sermón, en efecto, de que Jesús fue designado sumo sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec, da un paso atrás y dice: Ahora bien, la palabra que tenemos ante nosotros acerca de esto es larga y difícil de explicar, ya que se han vuelto tardos para oír. Porque aunque ya debieran ser maestros a causa del tiempo transcurrido, nuevamente tienen necesidad de que alguien les enseñe los rudimentos de los fundamentos de las palabras de Dios, y nuevamente han caído en la necesidad de tomar leche, y no alimento sólido. Porque todo aquel que participa de la leche es inexperto en la palabra de justicia, porque es niño.

Pero el alimento sólido es para los maduros, para los que, mediante el ejercicio constante, tienen sus facultades entrenadas para discernir entre lo que es noble y lo que es vil. El predicador desafía aquí a los oyentes de manera bastante directa e inesperada. Lo que tengo que decir será difícil de entender, ya que se han vuelto lentos en lo que respecta a su escucha.

No sólo eso, sino que, aunque a esta altura ya deberían ser maestros, nuevamente necesitan que alguien les enseñe los fundamentos. Acusa a los oyentes, en esencia, de retroceder en su madurez o tal vez de no haber crecido nunca. Están en un punto en el que necesitan leche en lugar de alimentos sólidos.

Este tipo de lenguaje, especialmente en una exhortación a seguir adelante, a vivir a la altura de lo que hemos recibido, es familiar en el discurso filosófico grecorromano. Por ejemplo, el filósofo estoico Epicteto es bastante aficionado a estas metáforas de niños y adultos y leche y alimentos sólidos, ya que insta a sus oyentes a seguir adelante con la encarnación de lo que han aprendido. Y así, escribe Epicteto, ¿cuánto tiempo esperarás antes de exigir lo mejor de ti mismo y confiar en la razón para determinar qué es lo mejor? Has sido presentado a las doctrinas esenciales y afirmas comprenderlas, así que ¿qué clase de maestro estás esperando y por qué demoras en poner estos principios en práctica hasta que aparezca? Ya eres un hombre adulto, ya no un niño.

Decide por fin que eres un adulto que va a dedicar el resto de tu vida a progresar. En otro lugar, Epicteto escribe: “¿No estáis dispuestos a esta edad avanzada, como niños, a ser destetados y a participar de alimentos más sólidos?” El autor de Hebreos utiliza estas metáforas de una manera muy similar a la que encontramos en Epicteto, avergonzando a los oyentes por no estar a la altura de lo que deberían estar y motivándolos a demostrar su madurez mediante su disposición a cumplir con las expectativas articuladas por el autor para los maduros. Y aquí específicamente, los maduros funcionarán como maestros, encargándose de reforzar a sus hermanos creyentes en la cosmovisión y en los compromisos que han aceptado juntos como cristianos.

El hombre maduro también distinguirá correctamente entre lo que es noble y lo que es vil o vicioso. Elegirá siempre lo que es noble, la línea de acción noble en todas las circunstancias. En el contexto pastoral de Hebreos, este sermón significará, por supuesto, vivir siempre con vistas a honrar y permanecer leales y obedientes a su patrón divino en lugar de violar este vínculo por temor a las consecuencias temporales en términos de su relación con sus vecinos.

El objetivo de esta sección y sus suaves tácticas de vergüenza es hacer que los destinatarios quieran librarse de la acusación de que no están preparados para recibir una instrucción madura y dirigirlos con fuerza hacia conductas que demuestren que son realmente maduras y arraigadas en la fe, incluso hasta el punto de ayudar a sus hermanas y hermanos a permanecer arraigados también. Con la apertura del capítulo seis, el autor describe el camino hacia la recuperación para los espiritualmente perezosos. Propone un curso de acción en 6:1. Por lo tanto, dejando atrás los principios fundamentales de Cristo, dejémonos llevar hasta el punto final de nuestro viaje.

Una vez más, insta a los oyentes a seguir adelante en el camino del compromiso en lugar de retroceder, alejarse o abandonar la asamblea de la iglesia. Los insta a hacer esto en los versículos dos y siguientes, sin echar de nuevo el fundamento del arrepentimiento de las obras muertas y la fe en Dios, la enseñanza sobre los bautismos y la imposición de manos o la resurrección de los muertos y el juicio eterno. Examinamos estas enseñanzas, esta intensa socialización en la cosmovisión y el ethos del grupo cristiano que el autor sabe que los destinatarios han recibido con cierta profundidad en nuestras presentaciones iniciales.

El autor les recuerda estas enseñanzas fundamentales que yacen detrás de ellos y que ahora deberían seguir impulsándolos a seguir adelante en su camino. Al mismo tiempo que los llama a vivir de acuerdo con lo que han aprendido, agrega las palabras “si Dios lo permite”. Con esta sutil cláusula “si”, les recuerda a los oyentes que dependen de Dios en cada paso del camino desde la conversión hasta el reino inquebrantable de la morada eterna de Dios.

Así pues, si se requiere la disposición favorable de Dios para avanzar en el viaje y llegar a la meta, alejarse del favor de Dios insultando al benefactor se convierte en el curso de acción más inconveniente. Es precisamente a esto a lo que se dirige el autor en el capítulo seis, versículos cuatro al seis, con la solemne advertencia que sigue. Esta advertencia en sí misma se ofrece como una justificación en apoyo del curso de acción que el autor acaba de recomendar en el versículo uno del capítulo seis.

La presencia de la palabra griega *gar*, traducida típicamente con la conjunción *for* en español al comienzo del versículo cuatro, señala el papel que desempeña este párrafo. Es más precisamente un argumento en contra. Es decir, el predicador insta a los oyentes a comprometerse a nacer hasta el final del viaje, y apoya ese curso de acción mostrando lo que sucede si no lo hacen.

Así que sigue escribiendo, porque es imposible llevar de nuevo al punto de partida del arrepentimiento a aquellos que han sido decisivamente iluminados, que han gustado el don celestial y han participado del Espíritu Santo y han gustado la buena palabra de Dios y los poderes del siglo venidero y que se apartan, ya que crucifican a Cristo de nuevo para su propio daño y lo exponen a la desgracia pública. Uno de los problemas en gran parte de la discusión de este pasaje es la tendencia de los intérpretes a tratar de decidir si deben describir a los individuos aquí como personas que son salvas o que no lo son, o si realmente fueron salvas o simplemente parecían ser salvas. Sin embargo, como vimos antes, en Hebreos 1 versículo 14, el autor de Hebreos realmente piensa principalmente en la salvación en términos de algo que todavía está por venir.

Esto es lo que esperamos en la segunda venida de Cristo, como dirá en el capítulo 9, versículo 28. El autor no se consideraría a sí mismo como si estuviera describiendo a individuos que podrían o no haber sido salvos aquí, sino que está describiendo a individuos que han sido receptores de repetidos beneficios de parte de Dios.

Dios les ha colmado de favores. Han sido iluminados decisivamente, lo cual es un término común en el Nuevo Testamento para referirse a la recepción del mensaje del evangelio y sus efectos positivos en los oyentes. Han gustado del don celestial y han participado del Espíritu Santo, lo que sin duda se refiere a su recepción del Espíritu Santo, que fue una faceta prominente de la experiencia religiosa en la misión paulina.

Como se ve en Gálatas 3 o 1 Corintios 2 o incluso en este mismo sermón en Hebreos capítulo 2, versículos 3 al 4, ellos han gustado la buena palabra de Dios y los poderes de la era venidera, probablemente refiriéndose de nuevo a su recepción del Espíritu Santo y su experiencia del poder de Dios obrando en medio de ellos, como el autor recordó explícitamente en ese pasaje anterior. El uso repetitivo de participios plurales en griego para designar a estas personas como aquellos que han sido iluminados y tienen todas estas cosas buenas crea la impresión, en primer lugar, de

la amplia variedad de beneficios que han disfrutado de Dios y también de la rica provisión de esos beneficios. La repetición sirve para subrayar el alcance de la generosidad de Dios y el cuidado y la persistencia con que Dios, mediante sus favores repetidos, ha cultivado su gratitud.

Por lo tanto, también sirve para amplificar la desgracia y la injusticia de eludir las obligaciones del vínculo patrón-cliente que la generosidad de Dios ha creado con esta audiencia. Por cierto, gran parte del lenguaje del autor aquí resuena fuertemente con textos del Antiguo Testamento. Por ejemplo, has gustado la buena palabra de Dios , y has sido iluminado, lo cual resuena con el Salmo 34, donde el salmista dice: Acércate a Dios y sé iluminado.

Gustad y ved qué bueno es el Señor. Para las personas que han recibido dones tan valiosos a un precio tan alto, todos ellos fueron, de hecho, asegurados por la muerte del propio hijo de Dios. Actuar entonces de una manera que deshonorase al dador o al mediador, Jesús, de tal favor sería una injusticia impensable, una que normalmente llevaría a la exclusión de cualquier favor futuro.

Aquí, el favor de una segunda oportunidad. Leemos, por ejemplo, en los escritos de Dión Crisóstomo, filósofo y estadista que vivió entre los años 50 y 120 d. C., que todos considerarán dignos de favor a quienes honren a sus benefactores, pero que quienes insulten a sus benefactores serán considerados merecedores de un favor. La persona ingrata, aunque no sea castigada por la ley, sí lo es por el tribunal público de la opinión y por su propia conciencia de ser tildada de ingrata.

Como leemos en otro texto de Dión, ¿qué, pues, dices, quedará impune el ingrato? ¿Crees que las cualidades que se aborrecen quedan impunes, o hay algún castigo mayor que el odio público? La pena del ingrato es que no se atreva a aceptar un beneficio de nadie, que no se atreva a dar uno a nadie, que sea un blanco, o al menos crea que lo es, para todos los ojos, que haya perdido toda percepción de una experiencia más deseable y placentera. Así como una persona se niega a tener tratos dos veces con un comerciante deshonesto o a confiar un segundo depósito a alguien que ha perdido el primero, es típicamente aceptado en esta cultura que una persona excluya de futuros favores a quienes actúan de manera desagradecida. Sentimientos tan populares, como leemos en Dión Crisóstomo, sin duda eran también compartidos por los destinatarios de Hebreos, y esto los llevaría a aceptar la afirmación del autor de que una segunda oportunidad para recibir tal favor es imposible después de haber ofrecido una fachada, un insulto y traído vergüenza pública a un donante tan noble.

Así, el predicador quiere que tengan miedo de seguir ese camino de deshonar a Cristo. Si los destinatarios hicieran otra cosa que seguir adelante hasta el final de su viaje, traerían vergüenza pública a su benefactor y mostrarían desprecio por sus costosos dones. La desertión del grupo cristiano para ir a los brazos de sus vecinos da testimonio de Cristo, pero es un testimonio negativo que dice a sus vecinos que la

mediación y los beneficios de Jesús no valen el costo de mantenerlos y que la aceptación de seres humanos es de más valor que la aceptación por parte de Dios y la bienvenida a la presencia de Dios.

Dar semejante testimonio, sugiere el predicador con imágenes estratégicamente crudas, sería crucificar al Hijo de Dios de nuevo para su propio daño y exponerlo al desprecio público. No perseverar en la lealtad a Jesús y al pueblo de Jesús debería ser impensable desde la perspectiva de haber sido tan dotado y a un costo tan grande para un dador como él. El autor continúa apoyando la dura advertencia de Hebreos 6, 4 a 6 con un argumento por analogía en Hebreos 6 :7 y 8. Para este argumento por analogía, se traslada al ámbito de la agricultura, a las prácticas comunes de lo que deben hacer los agricultores y a la expectativa de lo que ponen en la tierra con tanto trabajo.

Así, escribe, la tierra que bebe la lluvia que cae sobre ella y produce vegetación útil para aquellos en cuyo beneficio se cultiva recibe una bendición de Dios. Pero si produce espinos y cardos, se demuestra que no tiene ningún valor y está al borde de ser maldecida. Su fin es ser quemada.

El autor ha utilizado varios textos del Antiguo Testamento como recursos para el lenguaje empleado en este pasaje. Por ejemplo, las espinas y los cardos en relación con una maldición recuerdan directamente el lenguaje de la maldición primigenia en la historia de la caída en Génesis 3, versículos 17 y 18. Asimismo, la oposición entre la bendición de Dios y la maldición en este pasaje recuerda las oposiciones de lo mismo que se encuentran en todo el Antiguo Testamento, pero particularmente en Deuteronomio.

En ese libro del pacto leemos acerca de la maldición y la bendición. Pongo hoy delante de vosotros la bendición y la maldición. La bendición, si escucháis los mandamientos del Señor vuestro Dios, que yo os ordeno hoy, y la maldición, si no escucháis los mandamientos del Señor vuestro Dios, todos los que yo os ordeno hoy, y si os desviáis del camino que yo os ordeno, os vais a servir a otros dioses que no conocéis.

Sin duda, estas resonancias tienen un impacto significativo en quienes las escuchan. La analogía enfatiza el hecho de que la obediencia constante al Hijo, la lealtad constante y la gratitud hacia el Hijo son un componente esencial que distingue entre aquellos cuyo destino es bendecido y aquellos cuyo destino es maldito. Sin embargo, la analogía también resuena con bastante fuerza con textos que hablan sobre el contexto social de la reciprocidad de manera bastante directa.

Escritores como Séneca, en su libro Sobre los beneficios, recurren con frecuencia a imágenes agrícolas para ilustrar la concesión de beneficios y lo que se espera de ellos. Por ejemplo, Séneca escribe que no elegimos a quienes son dignos de recibir

nuestros regalos. En este contexto, Séneca explica por qué los beneficios que se dan no siempre se traducen en beneficios recibidos y devueltos.

Explica que es culpa nuestra, porque no siempre elegimos a quienes son dignos de recibir nuestros dones. Continúa diciendo que no sembramos semillas en tierra agotada e improductiva, sino que damos o más bien tiramos nuestros beneficios sin discriminación. Más adelante en el mismo libro, Séneca escribe que debemos tener cuidado de seleccionar a quienes beneficiaremos, ya que ni siquiera el agricultor entrega sus semillas a la arena.

De nuevo, nunca esperamos tener la certeza absoluta de si el destinatario se mostrará agradecido o no, ya que el descubrimiento de la verdad es difícil, sino que seguimos el camino que indica la verdad probable. Todos los asuntos de la vida se desarrollan de esta manera. Así es como sembramos para aquellos que prometen al sembrador una cosecha.

Por último, Séneca advierte que el agricultor perderá todo lo que ha sembrado si termina su labor poniendo la semilla. Sólo después de mucho cuidado se consigue que las cosechas den fruto. Nada que no se fomente con un cultivo constante desde el primer día hasta el último llega a dar fruto.

En el caso de los beneficios, se aplica la misma verdad. En este caso, Séneca alienta a los benefactores a seguir cultivando a sus clientes con favores si esperan alimentar el tipo de lealtad y gratitud que buscan en tales relaciones. También aparecen imágenes similares en los textos judíos helenísticos.

Por ejemplo, el autor desconocido de las Sentencias de pseudofacilidades escribe : no hacer ningún bien a una persona mala es como sembrar en el mar. En estos pasajes, encontramos a los autores considerando la imagen de plantar una semilla en la tierra y cultivarla con cuidado como una analogía de los donantes en su trato con los beneficiarios.

Debemos elegir el terreno con cuidado, el terreno que tenga más probabilidades de dar el fruto de la gratitud. Debemos comprometernos no sólo a sembrar la semilla, sino a seguir invirtiendo en esa relación. Esto resuena fuertemente con la dinámica de Hebreos 6:4 al 8, pues Dios no sólo ha plantado la semilla de la palabra en el corazón del destinatario.

Él ha derramado sobre ellos abundantemente un regalo tras otro. Se ha dedicado como un buen agricultor, no sólo a plantar la semilla, sino a regarla, cuidarla, nutrirla, cuidar los retoños y tratar de llevarlos al punto de producir frutos consistentes. La analogía que el autor idea aquí también resuena de manera interesante con otro texto del Antiguo Testamento, a saber, el Cántico de la Viña en Isaías capítulo 5, versículos 1 al 7. Allí, encontramos a Isaías hablando también de la inversión de Dios

en tiempo, recursos y energía gastados en el pueblo de Dios y en la viña, así como de la expectativa de Dios de que una viña tan bien cuidada produzca una cosecha de buenas uvas.

En lugar de eso, por supuesto, Isaías se queja de que la viña de Israel ha producido uvas malas. La destrucción de la viña por parte del viñador es radical y definitiva en el texto de Isaías. El cuidado de Dios al cuidar de Israel condujo naturalmente a la expectativa de Dios, dice el profeta, de una cosecha de justicia.

En cambio, la respuesta de Israel, al permitir que la violencia y la opresión brotaran en la viña, ofendió y afrentó al Dios que ordenaba justicia entre su pueblo, invocando el castigo divino. Aquí, no sólo el cese de su cuidado sino incluso la destrucción de la comunidad que había producido un resultado tan nocivo. Por lo tanto, la audiencia de nuestro predicador reconocería inmediatamente el punto de la analogía agrícola en Hebreos 6, 7 y 8. La inversión benéfica que Dios hace de sí mismo y de sus dones en los conversos debe producir el fruto en sus vidas que Dios encuentre agradable.

Como escribe el autor, la tierra que bebe la lluvia que a menudo cae sobre ella, recordando ola tras ola de beneficios que acaba de nombrar el predicador en los versículos 7 al 5, y produciendo vegetación que es útil para aquellos en cuyo nombre se cultiva la tierra, anticipa hacia dónde se dirigirá el autor en la siguiente sección en los versículos 9 al 12. Dios está cultivando la tierra, el suelo de cada oyente, no, por supuesto, para el propio beneficio de Dios, ya que Dios no necesita nada más que para el beneficio de las hermanas y hermanos de cada oyente en la comunidad. El autor lo dejará claro en los versículos 9 y 10.

Su inversión mutua es el fruto adecuado para aquellos por cuyo bien ellos mismos están siendo cultivados. Pero aquellos que en cambio se unan a la crucifixión del Hijo de Dios nuevamente en el tribunal de la opinión pública no sólo perderán la recompensa sino que se convertirán en objetos de la venganza divina. Hebreos 6, 8 insinúa esto cuando el predicador dice que el fin de tal tierra es quemarse.

Pero Hebreos 10, versículos 26 al 31, lo deja aún más explícito. Inmediatamente después de su severa advertencia en el capítulo 6, versículos 4 al 8, el autor continúa en los versículos 9 al 12 para señalar el camino a seguir hacia la liberación en lugar del desastre. Y así, escribe, en cuanto a vosotros, amados, estamos persuadidos de cosas mejores, cosas que contienen salvación, aunque hablamos de esta manera.

Al acompañar su dura advertencia con esta declaración de confianza en los oyentes, el autor parece estar siguiendo el buen consejo dado a los retóricos que se encuentra, por ejemplo, en el libro de texto sobre oratoria conocido como *Rhetorica*. anuncio Herenia . En este texto del siglo I a.C. encontramos precisamente este consejo. Si un discurso franco de este tipo parece demasiado mordaz, habrá muchos

medios de paliación, ya que se puede añadir inmediatamente algo de este tipo a continuación.

Apelo aquí a vuestra virtud, a vuestra sabiduría, a vuestros viejos hábitos, para que la alabanza aquiete los sentimientos que despierta la franqueza.

Como resultado, la alabanza libera al oyente de la ira y el enojo, y la franqueza lo disuade de cometer errores. Esto es precisamente lo que el autor logra con Hebreos 6:4 al 12. La franqueza del peligro de su situación en 6:4 al 8 logra su propósito, pero la seguridad en los versículos 9 al 12 también restaura a los oyentes a un lugar de confianza, de solidaridad con el predicador y de un sentido de que el predicador realmente piensa lo mejor de ellos, a pesar de que los ha reprendido en el capítulo 5:11 al 14, y acaba de lanzar una advertencia tan severa.

La expresión de confianza del autor se alterna nuevamente con una apelación al temor en 6:4 al 8. Observamos la misma alternancia antes en el capítulo 4, versículos 12 al 13, que apelaban al temor, y en el capítulo 4, versículos 14 al 16, que apelaban a la confianza. Y veremos la misma alternancia nuevamente en el capítulo 10, versículos 19 al 34. La confianza y el temor son dos emociones que el autor usa y aplica estratégicamente en tándem para seguir distanciando a los oyentes del curso de abandonar su compromiso con Jesús y para seguir instándolos a identificarse con la respuesta de perseverancia, lealtad y gratitud.

El autor continúa explicando la razón por la cual está seguro de que a los oyentes les esperan cosas mejores que las que acaba de describir. Para Dios, no es injusto olvidar vuestra obra y el amor que mostráis en su nombre, sirviendo a los santos y sirviéndoles todavía. Pero deseamos que cada uno de vosotros muestre el mismo celo hasta el fin, hasta la plenitud de la esperanza, para que no os hagáis perezosos, sino más bien imitadores de los que por la fe y la paciencia heredan las promesas.

El predicador identifica específicamente la obra y el amor que los oyentes han demostrado previamente en el nombre de Cristo al servirse unos a otros y al continuar sirviéndose unos a otros, lo que les da a los creyentes una base para tener confianza delante de Dios. Este es el fruto de la cosecha adecuada para aquellos por cuya causa Dios ha derramado tantos dones sobre cada converso. Estos actos han sido parte de la manifestación de una justa retribución a Dios por todas las inversiones y los dones que Dios les ha dado.

Estas son las inversiones y las prácticas que el Dios justo no olvidará, es decir, que Dios honrará y recompensará en lo que respecta a la audiencia del predicador. Al afirmar su progreso pasado en este curso de acción, el autor les da las bases para una confianza muy bienvenida después de la apelación al temor y los anima a persistir en lo que les da esta confianza, es decir, el amor que mostraron en nombre de Dios sirviendo a los santos y continuando sirviéndoles. El autor, en este punto, ha

mostrado a sus oyentes la manera de evitar ser lentos en la respuesta a lo que han escuchado y de hecho cree que no se mostrarán lentos en lo que respecta a su respuesta a la palabra que Dios ha hablado en el sermón, así como a la palabra más inmediata que el autor les está hablando en este sermón.

Al concluir este párrafo, los exhorta a que se conviertan en imitadores de aquellos que, mediante la fe y la paciencia, han llegado a ser herederos de la promesa. Esto anticipa el maravilloso desfile de ejemplos de fe que se presentarán en Hebreos 11:1 a 12:3. Sin embargo, la mención general de tales figuras aquí es también un sutil recordatorio de que la perseverancia en la fe es posible, ya que muchos han perseverado de esa manera antes. El camino a seguir, aunque difícil, es no obstante factible.

Esta mención de los que, por la fe y la paciencia, heredan las promesas es también una introducción útil al párrafo de transición que sigue en el capítulo 6, versículos 13 a 20, que comienza con una consideración de Abraham, un modelo de fe y perseverancia y un famoso receptor de promesas divinas. En los versículos finales del capítulo 6, entonces, el autor proporciona a los oyentes aún más razones para avanzar con confianza hacia la perfección, hasta el final del viaje que comenzaron con Cristo. El punto cardinal de este párrafo es impresionar a la audiencia con la fiabilidad del mensaje que han recibido y la fiabilidad del mediador en quien han depositado su confianza.

No sólo la promesa de Dios, sino también el juramento de Dios respaldan a ese mediador y garantizan la eficacia del sacerdocio de Jesús para asegurar el favor y los beneficios de Dios para los clientes de Jesús. El predicador comienza considerando cómo Dios también proporcionó ese juramento a Abraham. Porque Dios, habiendo hecho una promesa a Abraham, no teniendo nadie mayor por quien jurar, juró por sí mismo, diciendo: De cierto te bendeciré y de cierto te multiplicaré.

Y así, habiendo perseverado en la paciencia, Abraham recibió la promesa. El predicador se refiere y recita parcialmente el capítulo 22 de Génesis, versículos 15 al 18, donde leemos este juramento con mayor extensión. El ángel del Señor llamó a Abraham por segunda vez desde el cielo y le dijo: Por mí mismo he jurado, dice el Señor, que por cuanto has hecho esto y no me has negado tu hijo, tu único, de cierto te bendeciré, y multiplicaré tu descendencia como las estrellas del cielo y como la arena que está a la orilla del mar.

En el versículo siguiente, nuestro predicador hace una observación general sobre el juramento en el ámbito humano. Los seres humanos juran según alguien mayor, y el juramento sirve para resolver todas las contradicciones. Esta observación general sobre los juramentos es que se hacen para confirmar la fiabilidad de las palabras o del testimonio dado.

Por ejemplo, los juramentos se utilizan con frecuencia en los tribunales como forma de prueba. Filón de Alejandría, un prolífico exegeta judío de la primera mitad del siglo I d. C., escribe lo siguiente sobre los juramentos: las cosas inciertas se confirman y las cosas que carecen de convicción reciben confirmación mediante juramentos.

Ahora bien, el público sabe que los seres humanos pueden usar juramentos de manera engañosa, pero el juramento de Dios sin duda brinda certeza. Los destinatarios se mostrarían reacios a cuestionar la veracidad de Dios cuando Él hace un juramento.

El ejemplo de la generación del desierto, mencionado anteriormente en los capítulos 3 y 4 de Hebreos, en el que los antiguos hebreos provocaron a Dios precisamente en este punto, pesaría mucho en contra de la desconfianza en Dios o de la falta de fiabilidad de sus promesas. El hecho de que Dios deba hacer un juramento es un tanto problemático. Los juramentos se hacen teniendo en cuenta la posibilidad de que se hable con engaño, pero cada palabra de Dios debe recibirse como verdadera y fiable, incluso sin juramento.

Cuando Filón de Alejandría comentó Génesis 22, también reconoció este problema y concluyó que Dios hace un juramento no porque de otro modo se pudiera pensar que Dios miente, sino porque quería facilitar a los seres humanos la plena confianza en Él. Éste es precisamente el propósito que también invoca el autor de Hebreos para explicar el juramento de Dios. Dios, queriendo mostrar aún más a los herederos de la promesa la inmutabilidad de la voluntad de Dios, interpuso un juramento para que mediante dos cosas inmutables, en las que es imposible que Dios resulte mentiroso, nosotros, que hemos huido, tengamos una fuerte confianza para aferrarnos a la esperanza que tenemos ante nosotros.

La promesa a la que se refiere el autor aquí probablemente se escucharía como la promesa pronunciada en el Salmo 95, versículos 7 al 11, que el predicador destila en Hebreos 4:1, “Tememos, pues, no sea que, permaneciendo aún la promesa de entrar en el reposo de Dios, alguno de vosotros piense quedarse atrás”. La promesa en mente aquí, entonces, es la promesa que Dios da de dar la bienvenida a las personas al reino divino inquebrantable, el reino donde Dios descansó después de su obra de creación. El juramento al que se refiere el autor es el juramento del Salmo 110, versículo 4. El autor ya ha citado este versículo en parte, “eres sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec”, pero ha aplazado la recitación de las palabras iniciales de este versículo donde leeríamos, “El Señor ha jurado y no se arrepentirá”.

Eres sacerdote para siempre. De hecho, nuestro autor no recitará esta parte del versículo hasta el capítulo 7 de Hebreos, versículo 21. El autor quiere que los oyentes se aferren a ambos oráculos divinos, la promesa del Salmo 95 y el juramento del

Salmo 110, como señales seguras de que el mensaje del evangelio en el que han confiado es confiable.

El autor describe estratégicamente a los oyentes junto con él mismo con las palabras, nosotros los que hemos huido. Está recordando a la congregación, especialmente a aquellos que están contemplando un regreso a sus vidas anteriores, tratando de encontrar una manera de reingresar a la sociedad en general, que anteriormente huyeron de ese mundo a la iglesia como si huyeran de un gran peligro. Refuerza para ellos su identidad como refugiados que huyen de la catástrofe de los juicios escatológicos, recordando nuevamente dos pilares del catecismo de la audiencia, la resurrección de los muertos y el juicio eterno recitados en Hebreos 6, versículo 2. Se han reunido en la asamblea cristiana bajo la égida de Cristo, buscando protección y liberación de ese día del juicio.

Este fragmento de texto se cierra con el autor hablando de este juramento, de esta esperanza, como una cita, un ancla que tenemos para nuestras almas, segura y firme, que entra por el lado interior del velo por donde entró Jesús por nosotros como precursor, hecho sumo sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec. En estos dos breves versículos, el autor introduce la figura del ancla, que invita a los destinatarios a considerar la seguridad de una patria celestial como el punto fijo de sus vidas, como aquello que los preserva del peligro de la deriva, al que el autor había aludido en el capítulo 2, versículos 1 a 4. Esta esperanza es su ancla, su punto de estabilidad en medio de sus tormentas actuales, así como de su inestabilidad social y marginación. Esto se alinea muy bien con la cosmología del autor, según la cual el reino divino es el inquebrantable, de modo que no puede haber ancla, ninguna fijación segura en las cosas de este reino creado y tambaleante.

La descripción que se hace de Jesús aquí como un explorador, una figura militar que va delante del cuerpo principal de tropas, recuerda la presentación que el predicador hizo de Jesús antes, en el capítulo 2, versículos 9 y 10, como aquel que ha ido delante del cuerpo principal de los hijos e hijas de Dios, guiándolos hacia el destino de gloria que Dios les ha asignado. Adonde Jesús ha ido, los muchos creyentes lo seguirán. Sin embargo, por el momento, la esperanza es la única parte del creyente que ha entrado en ese lugar seguro junto con Jesús, detrás de la cortina, en el tabernáculo celestial de la presencia real de Dios.

Así, pues, sólo mientras el creyente se aferre a esa esperanza podrá aferrarse a la cuerda salvavidas por la que entrar en el reino eterno e inquebrantable. El autor insta así a los oyentes a encontrar su estabilidad, su arraigo en su esperanza en la promesa de Dios, en lugar de en la aceptación de sus vecinos o en reclamar su lugar en el mundo, que está pasando. Con las palabras finales del capítulo 6, versículo 20, Jesús se ha convertido en un sumo sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec, y el predicador ha llevado su discurso de vuelta al punto donde lo dejó en el capítulo 5, versículo 10, completando el puente de vuelta al tema principal de la

larga y difícil palabra de Hebreos 7, 1 al 10, 18, que hará del sacerdocio establecido por el juramento de Dios y de nuestra respuesta apropiada su enfoque.

La digresión de Hebreos 5:11 a 6:20 ha hecho avanzar la agenda retórica del autor para sus oyentes de varias maneras importantes. En 5:11 a 14, el autor presenta expectativas que la audiencia debería estar cumpliendo y los avergüenza por no hacerlo cada vez más. Esta es una manera estratégica de desviar su atención de las expectativas de sus vecinos no cristianos si su atención se ha ido desviando en esa dirección y volver a centrarla en las expectativas no solo del predicador sino, por supuesto, del Dios cuyo mensaje el predicador representa.

En 6:1 al 8, el autor vuelve a exponer ante los oyentes el curso de acción que tanto desea que adopten de todo corazón, es decir, el compromiso de perseverar en una vida agradecida, leal y obediente a Cristo y al Dios con el que Cristo los ha conectado. Respalda esto con un argumento que se basa particularmente en el conocimiento social compartido de la entrega de dones y la respuesta, de la gracia y la gratitud, de la reciprocidad, que está prácticamente arraigado en los habitantes de la cuenca mediterránea, ya sea que se encuentren principalmente en la cultura judía, griega o romana. Esto es parte de su pensamiento fundamental.

Quienes dan regalos merecen gratitud. Quienes hacen el bien no deben ser insultados ni deshonrados. Y entonces el predicador aprovecha esta lógica cultural, este compromiso ético casi visceral que compartiría el auditorio para impulsarlo hacia ese camino de perseverancia, para hacerlos verdaderamente temer dar una mala retribución a Dios por haberlos colmado de regalos tan costosos.

El predicador, además, después de despertar en los oyentes el temor de renegar de su relación con Dios, los redirige hacia su causa de confianza, particularmente en el capítulo 6, versículos 9 al 12, en la medida en que continúan invirtiendo en la comunidad de fe y en la perseverancia de los demás. En esa medida, pueden estar seguros de permanecer en el favor de Dios, ya que están dando el fruto por el cual Dios ha derramado sobre ellos tales bendiciones, y pueden estar seguros de llegar a los beneficios futuros prometidos por Dios. En el párrafo final, entonces, el predicador regresa de esta digresión muy relevante a un modo más discursivo al insinuar nuevamente el fundamento que sus oyentes tienen para la certeza de su esperanza, a saber, el juramento de Dios en el Salmo 110, versículo 4, que confirma las promesas de Dios y el propio logro de Jesús en nombre de ellos de lo que ellos mismos todavía se esfuerzan por alcanzar, a saber, la entrada al reino eterno de Dios.

Este pasaje también continúa desafiando perennemente a los cristianos en todos los ámbitos de algunas maneras importantes. La humillación que el autor hace de su audiencia en 5:11 al 14 también nos desafía a vivir de acuerdo con lo que hemos logrado y a aceptar nuestra responsabilidad hacia nuestros hermanos y hermanas en la fe. El autor nos desafía a convertirnos en fuentes más activas de aliento y refuerzo

para la fe y la perseverancia de los demás, en lugar de ser meros receptáculos pasivos que esperan nuestro propio aliento y refuerzo constantes.

Una de las áreas en las que los cristianos a menudo fallamos es que prestamos mucha atención a obtener información sobre Dios o sobre la fe, sobre la creencia cristiana o sobre las Escrituras, pero no dedicamos el tiempo proporcional a la formación, tanto la nuestra como la de nuestros hermanos y hermanas. El autor nos anima a dedicar más tiempo a pasar de lo que sabemos sobre Dios, lo que sabemos sobre Cristo y lo que sabemos que Dios desea realizar en nosotros y entre nosotros, a pensar muy claramente en cómo encarnar esto y cómo permitir que ese conocimiento moldee nuestra forma de vida. Esta es solo una de las formas en las que podemos cerrar la brecha entre lo que sabemos por un lado y el fruto que damos por el otro.

El autor también nos anima en nuestras congregaciones a prestar la debida atención a la enseñanza y a la socialización que reciben nuestros nuevos miembros. Hebreos 6, versículos 1 al 3, presenta un plan de estudios bastante completo y saludable para una clase de nuevos miembros, por así decirlo, tal como se practicaba en las congregaciones del primer siglo del autor de Hebreos. Esos maestros, esos líderes de las iglesias cristianas primitivas, prestaron mucha atención a ayudar a los conversos a pensar en la visión del mundo de que su aceptación del evangelio significa que también aceptan y piensan en las implicaciones de esa visión del mundo para cómo van a vivir sus vidas.

El predicador nos desafiaría a asegurarnos de que el hecho de unirse a una iglesia signifique algo más que convertirse en miembros. Más bien, debe significar convertirse en personas en quienes los contornos básicos de la fe, del credo, estarán bien fundamentados y bien formados, de modo que se conviertan en la base y el punto de partida para que estos nuevos miembros piensen en su práctica, sus actitudes y sus ambiciones para siempre. El autor nos desafía de manera central a que nuestro objetivo, de hecho, nuestro objetivo primordial, sea devolver a Dios lo que Él nos ha dado.

El ethos de la reciprocidad que hemos estado explorando no es una faceta social o culturalmente limitada del texto. El autor de Hebreos ha entretejido este ethos en la trama misma de la lógica fundacional de su sermón. Lo encontramos también en otros escritores del Nuevo Testamento.

Pablo, por ejemplo, apela a esta dinámica con mucha fuerza en una de sus epístolas, en 2 Corintios 5:15, al hacer una declaración muy audaz sobre el propósito de la muerte de Cristo. Pablo escribe allí que Cristo, y cita textualmente, murió por todos para que los que continuaban viviendo ya no siguieran viviendo para sí mismos, sino para aquel que murió y resucitó por ellos. Allí escuchamos otra voz del Nuevo Testamento que afirma que la respuesta adecuada y necesaria de un corazón

agradecido, que busca devolver un favor tan plenamente como ese favor fue otorgado, es vivir para Jesús, entregar el resto de nuestras vidas a promover los intereses de Jesús en este mundo a través de nosotros, en lugar de continuar viviendo para nosotros mismos y promover nuestros propios intereses con la vida que nos queda.

El autor de Hebreos nos insta a reconocer que un medio esencial para devolver a Dios lo que Él nos ha dado es invertirnos en el apoyo y aliento de nuestros hermanos y hermanas en la fe, poniéndonos a nosotros mismos y nuestros propios recursos a disposición de proporcionarles lo que necesiten para facilitar su propia perseverancia en la fe. En el contexto actual, pienso particularmente en los cristianos perseguidos en naciones donde ser cristiano es completamente ilegal o ciertamente socialmente mal visto, de modo que los cristianos se encuentran marginados, acosados, a veces víctimas de violencia ilegal pero no obstante efectiva de las turbas, o víctimas de actos de violencia más limitados, aislados, uno a uno, o incluso víctimas de persecución patrocinada por el estado. El autor nos anima a que, mientras vivimos la realidad global de ser la iglesia, sigamos invirtiendo en obras de amor y servicio, sigamos sirviendo a nuestros hermanos y hermanas dondequiera que tengan necesidad, y de muchas maneras siendo la respuesta de Dios a sus oraciones, sirviendo a nuestro gran patrón precisamente brindando ayuda a quienes también buscan la ayuda de Dios de esta manera.

En los versículos finales de este segmento de Hebreos, el autor vuelve a plantear la cuestión fundamental de dónde debemos buscar un ancla para nuestras almas. La colecta para el quinto domingo de Cuaresma en el Libro de Oración Común es esta oración: Concede a tu pueblo la gracia de amar lo que mandas y desear lo que prometes, para que entre los rápidos y variados cambios del mundo, nuestros corazones se fijen con seguridad allí donde se encuentran las verdaderas alegrías.

El autor de Hebreos se hace eco de esta oración al exhortarnos a fijar nuestro corazón en estar con Dios para siempre y a hacer de la conexión con Jesús, que nos ha precedido hasta el lugar donde se encuentran las verdaderas alegrías, el fundamento de nuestra seguridad en medio de los cambios y las casualidades de esta vida. Esto sigue siendo un desafío para nosotros, a quienes el mundo en que vivimos nos anima cada vez más a considerar lo material y lo visible como el único mundo real. El autor nos recuerda que, de hecho, es lo contrario.